



CLIO

ORGANO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

COMISION DE PUBLICACIONES:

Fray Cipriano de Utrera, Lic. Emilio Rodríguez Demorizi y Dr. Vetilio Alfau Durán

Año XXII

Ciudad Trujillo, República Dominicana

Octubre-Diciembre de 1954

Núm. 101

DIOS Y TRUJILLO

Una interpretación realista de la Historia Dominicana

(Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, leído por el doctor Joaquín Balaguer en la sesión solemne celebrada el día 14 de noviembre de 1954).

Sean mis primeras palabras, nacidas de lo más profundo de mi corazón, para expresar las gracias a este doctísimo instituto por haberse dignado escogerme para cubrir la silla que ocupó con tanta autoridad y con tanto brillo en su seno el ilustre letrado don Julio Ortega Frier, figura eminente que lució con dignidad verdaderamente romana la toga de los grandes jurisconsultos nacionales.

¿Quién no lo recuerda con veneración en esta Casa por su hombría de bien, por su vasta cultura, por su amor a las tareas del espíritu y por el sentido noblemente nacionalista con que se dedicó al estudio de los grandes problemas de la vida dominicana? Tal vez se le podrían negar condiciones excepcionales como escritor elegante y como pensador capaz de verter sus ideas en moldes llenos de gracia, de esos en que la flor del pensamiento crece con encantadora vitalidad literaria; pero nadie osaría disputarle sus grandes méritos como investigador minucioso y como hombre no sólo capaz de revolver una biblioteca para ilustrar un concepto o para hacer luz en una interpretación original del derecho o de la historia, sino también apto para trabajos que suponen menos imaginación que desinterés científi-

co y menos énfasis retórico que madurez de pensamiento y de lenguaje.

Julio Ortega Frier fué uno de los dominicanos más representativos de su tiempo. Pasó con majestuosa dignidad por el palacio de nuestras relaciones exteriores, y le cupo la gloria de intervenir en la solución de complejos problemas de derecho público y en el estudio de importantes materias de carácter administrativo.

Pocos dominicanos conocieron tan a fondo como él el desenvolvimiento de la vida nacional en las últimas cuatro décadas, y acaso ninguno extrajo de ese contacto con la realidad de su época nociones tan claras sobre la vida política y sobre el proceso histórico del pueblo dominicano. Creo que rindo un merecido tributo de respeto a su memoria escogiendo, para mi discurso de ingreso en esta ilustre Academia, un tema que le fué particularmente grato y que bajo el epígrafe de "Dios y Trujillo", intenta ser un examen de conjunto de los factores de orden histórico y moral que condicionan la evolución de nuestro país desde el descubrimiento hasta los días actuales.

El azar en la historia dominicana

La República Dominicana es un país providencial que debe su existencia, desde que nace hasta el año 1930, a un principio superior que ha gobernado, como una ley ineluctable, todos los sucesos, prósperos o adversos, que constituyen en conjunto la vida del pueblo dominicano en cuatro siglos de batallar incesante y ominoso.

La Providencia guía hacia nuestras playas, en los días de la gesta colombina, las naves descubridoras, y en vez de Cuba, isla más vasta e incomparablemente más llana que la nuestra, donde la tarea de civilizar y de evangelizar debía ser sin la menor duda más rápida y más fácil, es nuestro territorio el escogido como escenario principal para la empresa de los descubrimientos y para la cita de los conquistadores. Cuando Colón llega a Cuba, se siente cautivado por el paisaje de esa isla tropical, pero es sólo en Santo Domingo, en la antigua Española, donde oye por primera vez cantar al ruiseñor en diciembre y donde ve reverdecer los campos, como en plena primavera, en los días en que en Castilla el agua de las fuentes ahoga en un manto de hielo su charla rumorosa.

Pero es un hecho providencial el que obliga al Almirante a establecerse, de manera permanente, en territorio dominicano. La "Santa María", una de las tres carabelas del milagro, encalla, debido al parecer a un descuido del grumete, frente a las costas occidentales de la isla, y el Descubridor se ve forzado a construir allí, con los restos de la nave despedazada por las olas, la fortaleza de la Navidad, asilo del primer núcleo de población europea que se radica en tierras del Nuevo Mundo. Ese hecho varía los planes de Colón, y fija el destino de "La Española" en los primeros tiempos de la iniciación de América, en los albores mismos de la aventura portentosa.

Los puntos culminantes de la historia nacional

De aquí en adelante, la historia del país se reduce a una lucha entre los dos factores siguientes: el factor humano, representado por los hombres y por las naciones que al través de cuatrocientos años se inmiscuyen, casi siempre de modo adverso, en los destinos nacionales, y el factor sobrenatural, constituido a su vez por cierta intervención divina en todos los acontecimientos decisivos de la historia dominicana. Una simple enumeración de los hechos culminantes de nuestra vida política basta para poner esa realidad en evidencia. Cuando los bucaneros que se establecieron en la Tortuga se desplaza-

ron hacia la parte occidental de la isla, ninguna providencia efectiva se puso en práctica para conjurar el peligro que desde el principio representó para la vida misma de la población de origen europeo radicada en la Española el desarrollo de aquel núcleo de traficantes y de aventureros en una extensa porción del territorio dominicano. Sobreviene después la cesión a Francia de aquella parte de nuestro patrimonio histórico, y juntamente con el enorme crecimiento de la población de color en la zona de la isla ocupada por los bucaneros y sus descendientes se lleva a cabo, en la parte oriental, el acto catastrófico de las llamadas devastaciones del Gobernador Osorio. En cumplimiento de esa medida feroz, verdadera obra maestra de crueldad y de imprevisión política, fueron reducidas a escombros todas las ciudades del litoral por donde se hacía el comercio con el mundo extranjero. La iniquidad de Osorio no sólo constituyó un acto de barbarie sino también un atentado contra el porvenir del pueblo dominicano, esto es, contra nuestros destinos futuros.

Tras el crimen de las devastaciones y de la cesión a Francia, se elevó un peligro aún mayor sobre el destino del pueblo dominicano: la rebelión de los esclavos que constituyen en 1804, en la parte occidental, una república independiente, dominada durante su primer siglo de existencia por la idea de que la isla debía ser indivisible y que debía pertenecer a la porción más numerosa que era la constituida por la población de origen africano. El primer acto de Toussaint Louverture, después de haber pasado a cuchillo a toda la población de origen francés que había vivido en Haití como clase explotadora y dominante, y que había transformado aquel suelo en la colonia más próspera del mundo, fué invadir el territorio dominicano para exterminar también en este lado de la isla a todas las familias de ascendencia europea. Cuando Juan Sánchez Ramírez, quien había servido en Cotuí a las órdenes del "Primero de los Negros", realizó la sublime empresa de la Reconquista, el gobierno de Fernando VII no tomó ninguna providencia para consolidar ese hecho de armas y para impedir nuevas caídas en el destino ya incierto del pueblo dominicano. La independencia de 1821, realizada doce años después de la Reconquista, fué un acto de desesperación impuesto por el abandono en que se hallaba la colonia. Cuando Núñez de Cáceres tomó esa determinación heroica, el país se hallaba al borde de una catástrofe con su comercio arruinado, sus puertos vacíos, sus municipios exánimes, su agricultura y su crianza, únicas fuentes de que disponía para su abastecimiento, casi totalmente destruidas. El propio autor de la Inde-



pendencia Efímera refiere, como testimonio de la ruina del país en aquel período, que un teniente de artillería se presentó ante el Pagador Real y le requirió, poniéndole la punta de la espada en el pecho, el pago inmediato de sus sueldos atrasados, por carecer hasta de lo más indispensable para su propio sustento y el de sus familiares.

Cuando Boyer frustró la independencia de 1821 e impuso al pueblo dominicano un cautiverio de veintidós años, del exterior no llegó al país ninguna ayuda, ni siquiera ningún gesto de simpatía, destinado a impedir que la más antigua de las colonias de España en el Nuevo Mundo fuera lanzada a las cavernas y sustraída por tan largo tiempo de la civilización cristiana. El país, auxiliado únicamente por la Providencia, logró no sólo reconquistar su libertad, sino también mantenerla al través de un sinnúmero de vicisitudes que hubieran doblegado a una nación de alma más débil o de carácter menos aguerrido. Pero la independencia nacional, realizada frente a un pueblo de raza homogénea constituido a la sazón por más de seiscientos mil almas, fué uno de esos hechos insólitos que desconciertan la razón y desvirtúan los cálculos humanos. Cuando la República se constituyó en 1844, sólo contaba con algo más de sesenta mil habitantes porque la emigración, desde hacía largos años, nos había privado de la mayoría de las familias de ascendencia española.

Intervención de la Providencia

¿Cómo podría explicarse, sin la intervención de algo superior a la voluntad humana, ese fenómeno político y social, único en el mundo? ¿Cómo no desapareció definitivamente el país en poder de Haití cuando el territorio nacional, después de la cesión a Francia, quedó prácticamente despoblado? ¿Cómo se explica que no lo haya absorbido Francia o que no lo haya incorporado Inglaterra a su imperio colonial cuando el gobierno español, atento sólo en esa época a las combinaciones de la política europea, lo entregó repetidas veces, como carne de botín, a esas naciones colonizadoras? ¿Cómo es posible que el frenesí revolucionario que desquició su economía, que detuvo durante casi un siglo su progreso, que arruinó su vida, que secó sus fuentes de riqueza, que mató su crédito exterior, que malogró sus instituciones, que alentó en los políticos de la época la ideología anexionista; ¿cómo es posible que todo ese vendaval de locura no lo haya entregado para siempre a los Estados Unidos que durante largo tiempo atribuyó a la Bahía de Samaná un gran valor estratégico? La supervivencia de la República Domini-

cana, que se mantiene en pie a pesar de todos los obstáculos con que el destino embaraza su marcha, que a partir del descubrimiento hasta nuestros días sufre toda clase de adversidades, desde las epidemias hasta los terremotos, desde el cólera hasta los malos gobiernos, desde el anexionismo criollo hasta la piratería extranjera, y desde la conjura internacional hasta los fratricidios civiles y las revoluciones; la supervivencia de la República Dominicana, señores, sólo puede reputarse como uno de esos milagros con que Dios favorece a veces a sus pueblos elegidos.

Los pueblos elegidos

La historia dominicana es, desde los mismos días en que el país fué descubierto, una tragedia innarrable. La sangre de Anacaona, vertida con fría crueldad sobre la tierra irredenta, y la inicua acción de Bobadilla que encierra a Colón en la Fortaleza Ozama y lo cubre de cadenas infamantes, sin el menor respeto a su gloria ni a su ancianidad esclarecida, pesan sobre la suerte de la Colonia como una especie de castigo semejante al del Pueblo Judío que durante siglos y siglos ha estado pagando el crimen de Caifás y la hipocresía de Pilatos. Sólo que el Pueblo Judío ha expiado su tremenda acción deicida errando al través del mundo como un perpetuo desterrado, sin hallar reposo ni para su alma atormentada ni para sus huesos, condenados a dormir siempre en suelo extraño, mientras que el pueblo dominicano ha purgado el crimen de Ovando y la iniquidad de Bobadilla agonizando sin cesar sobre su propia tierra y arrastrando en ella las cadenas de su destino doloroso.

Pero el Pueblo Judío, escogido para que naciera en su seno el Redentor del Mundo y para que en su tierra se labrara el sepulcro del Mesías esperado por los hombres desde el principio de los tiempos, es un pueblo elegido, destinado a sobrevivir a todas sus catástrofes y a mantener viva en el mundo la imagen de la justicia divina. Nuestro pueblo, señalado también para recoger en su seno las cenizas del Genio Navegante y para servir de cuna en América a la civilización cristiana, nació con un destino superior entre todos los pueblos americanos. Nada puede, pues, abatir definitivamente al pueblo dominicano, ni borrar su nombre del planeta, ni extinguir la llama que alimenta su vida extraordinaria. Vedlo ahí, en la más terrible orfandad durante la colonia, olvidado al parecer de Dios y de los hombres; vedlo en la hora trágica de las devastaciones, próximo a expirar en los peores extremos de la mi-



seria y de la servidumbre; vedlo, por último, en el cautiverio de la invasión haitiana, cuando parecía que para él había sonado el momento del desastre definitivo. Basta observarlo en todos esos momentos supremos, para darse cuenta de que nuestro pueblo es un pueblo inmortal, señalado por Dios para un destino único en la historia de la civilización humana. Cuando ha estado a punto de perecer, víctima de las fuerzas de la naturaleza o de la codicia de otros países extranjeros, alguna mano invisible, tocada de poderes sobrenaturales, lo ha rescatado del abismo y ha vuelto a encender en su frente esta llama imperecedera: la esperanza. Así ha sobrevivido durante cuatro siglos, sin ninguna ayuda extraña y combatiendo a menudo contra el mundo entero, siempre perseguido y siempre solo, llevando constantemente sobre su corazón la angustia de la muerte y el duelo de la derrota.

El saldo trágico de la Independencia

Parecía que con la independencia debía cesar para el pueblo dominicano ese abandono cuatro veces centenario. Sin embargo, ese calvario sin término, ese martirio secular, se prolongó con las mismas alternativas durante el período en que el país confió a hombres nacidos de su propia carne el encauzamiento de sus instituciones. Desde el 27 de febrero de 1844, día del nacimiento de la Patria, hasta la muerte de la República que vuelve en 1861 a arrastrar la argolla de la servidumbre, la historia nacional se reduce al antagonismo de Pedro Santana y Buenaventura Báez, dos caudillos igualmente ambiciosos, que procedieron con la Patria como los hijos de la víbora que devoran al nacer a su propia madre. Santana destruye la independencia con la Anexión, y toda la política internacional de Báez tiende a incorporar la República a los Estados Unidos o a mediatizarla con un protectorado.

Después de esos dos jefes políticos, cuya sombra pesa sobre los primeros tiempos de la República como el estrago de las espadas sobre las ciudades malditas, la historia sigue su curso borrascoso y el país continúa asistiendo, entre incendiados anillos de sangre, a una pugna sin fin entre los demagogos vulgares que ansían a toda costa el poder y los teorizantes de espadín y capa que bajan a la plaza pública envueltos en la gloria desgarrada de los héroes. Con Ulises Heureaux, un genizaro de alma primitiva, la República agoniza durante veinte años entre un paréntesis ciego de dolor y de angustia; con los que abaten esa tiranía, y recogen sobre el escudo del tártaro la bandera hecha harapos de las ins-

tituciones, resucita la ambición de poder que vuelve a soltar, desde un confín al otro de la patria, sus jinetes desbocados. Sobre la escarpada plenitud de ese drama político, había caído Demetrio Rodríguez con sus bisoños soldados y su leyenda empenachada; había encendido el 23 de marzo su cólera borrascosa, y Ramón Cáceres había doblado, entre un charco de sangre, su torso hercúleo de guerrero.

¿Qué nos quedó de todo aquel heroísmo inútilmente derrochado? Nada, excepto el dolor de la juventud que era entonces una rebeldía sacrificada; nada, excepto el escarnio de la patria, que era entonces un ímpetu roto, nada, excepto la gloria pasada de la República que era entonces un nostálgico recuerdo histórico.

De lo que éramos interiormente, ante nuestro propio concepto, la historia conserva el testimonio de Morales Languasco que abandona el poder y escapa en pleno día, con el pecho cruzado aún por la banda de los presidentes, rindiéndose al adversario sin acertar a decir como Dantón, incitado también a fugarse cuando iban en su busca las carretas del Terror: "No me es posible huir, porque no puedo llevarme la Patria en las suelas de los zapatos".

Como prueba de lo que exteriormente representábamos, de lo que era la República para el mundo internacional, la historia ha recogido a su vez con estupor la frase del Rey de Bélgica que se negó a visitar el pabellón dominicano en la exposición de París de 1889, diciendo que no podía entrar a la casa de un país que no sabía hacer honor a sus deudas y donde el gobierno acostumbraba a estafar a los tenedores de bonos de empréstitos que habían sido otorgados de buena fe con la garantía de instituciones oficiales extranjeras.

El sacrificio del Justo

En medio de ese amontonamiento de sombras (no parece posible, pero es cierto), la única cosa limpia que se destaca es tu figura sin mancha ¡oh Padre de la Patria! Tú, Duarte, a imagen del pueblo que libertaste con tu holocausto callado, con tu dolor sin nombre, fuiste tal vez la víctima escogida por la Providencia para castigar las culpas de muchas generaciones. Cúpote, como ha dicho uno de tus panegiristas, el más hermoso de los sacrificios: el de aplacar, en tu persona, venganzas y castigos de que hubiese sido víctima tu propio pueblo, amado hasta la cólera, "si no hubiera existido en ti el justo que cada generación necesita para saldar las cuentas pendientes con Dios y con la historia". "Según los



misteriosos planes de la economía divina, era menester que tú, a causa precisamente de tu inocencia y de tus méritos, apuraras en el destierro todas las amarguras”, para que aquí abajo la historia quedara satisfecha y para que la culpa de tantas generaciones que han mentido y de tantos hombres que han contemporizado con el error y con el crimen, fuera en parte reparada.

Cambio de rumbo

En 1930 cambió inesperadamente de rumbo la vida dominicana. Sobre la estática tibieza de cuatro siglos caen, de un tajo, veinticuatro años de historia nacional, veinticuatro años de acción tenaz y fulgurante. Si en las cuatro centurias anteriores, el país vivió porque la mano de la Providencia lo sostuvo en medio de sus catástrofes y porque una mano invisible parece velar misteriosamente sobre su suerte vacilante, después de 1930 es cuando por primera vez interviene una voluntad aguerrida y enérgica que secunda, en la marcha de la República hacia la plenitud de sus destinos, la acción tutelar y bienhechora de aquellas fuerzas sobrenaturales. Por primera vez, en otros términos, el país cuenta en 1930 con un conductor que se decide a cumplir la misión que había estado reservada desde los días del descubrimiento al poder superior que guió hasta nuestras playas las naves colombinas y que después mantuvo encendida su luz inextinguible y misteriosa en medio de las lobregeces que se amontonan sobre los destinos nacionales. La misma Providencia quiso dejar marcado, con su sello incontrastable, el paso de una era a otra: la catástrofe que en 1930 se desencadenó sobre la capital de la República cierra el ciclo del predominio en la historia del país de las fuerzas de la naturaleza para abrir en cambio el del predominio de la acción del hombre que se supera en la energía constructiva y en la voluntad creadora. Hasta el momento en que este milagro se realiza, los dominicanos habían aceptado sin protesta los fallos inapelables de su destino adverso, y se habían plegado, con una especie de resignación fatalista, a la ceguera bestial y al caótico determinismo con que desde un principio actúan las fuerzas naturales sobre su vida azarosa.

Pero de ahora en adelante, el pueblo dominicano, en lucha contra la adversidad, despliega un esfuerzo gigantesco que parece destinado a afirmar, sobre el vencimiento de la muerte y sobre el estupor del abismo, la potencia creadora de la voluntad humana.

Actitud fatalista

Cuando la cesión a Francia en 1795, la actitud general fué de muda desesperación ante el hecho cumplido, y ese estado de ánimo se tradujo en la emigración hacia Cuba de la mayoría de las familias de ascendencia española. Cuando el costoso error de las devastaciones, por boca de los poetas nacionales hablaron en tono de patética resignación las musas de la elegía; y cuando el fracaso de la Reconquista, los templos se llenaron literalmente de suplicantes que en todas partes se reunían a gemir sobre las ruinas y a impetrar para la patria la mediación de los cielos. Sólo una vez resonó en la colonia arruinada, convertida de un extremo a otro en un *campo de soledad*, como en la poesía clásica, un trueno entre lastimero y colérico que recuerda el rugido de Prometeo encadenado: en la requisitoria que a fines del siglo XVII elevó a la Corte Franco de Torquemada, Alférez Mayor de la ciudad de Santo Domingo, se estampa este aye patético, mil veces más lúgubre que las imprecaciones de los profetas ante las ruinas de Jerusalem: “Espera el Suplicante que Vuestra Majestad se sirva dar la providencia que convenga para el reparo de la Isla; así lo espera la Española, postrada a los reales pies de Vuestra Majestad, de su Real clemencia, y así lo piden mudamente la Verdad, la Religión, la Razón y la Justicia”.

Voluntad de victoria

Después de 1930, año medular de la historia dominicana, esa filosofía fatalista, esa actitud de indiferencia y de inacción ante las fuerzas conjuradas del destino o ante las adversidades de la naturaleza, se sustituye por una consigna de lucha y por una resonante voluntad de victoria. El país que había hasta entonces carecido de un jefe, de un conductor capaz de abrirse a sí mismo todos los caminos con el paso infalible de los hombres de mando, se encontró de improviso frente a un capitán que venía a enseñarle, junto con una nueva filosofía, un nuevo estilo de política y un nuevo concepto de la vida. Sobre el campo abierto de la patria, sonó su voz, vibrante y seca, como un metal ilustre. Su presencia, en el escenario nacional, puso en pie a las democracias, y su recia figura de conductor, en la que los impulsos apenas se manifiestan, subyugados por la voluntad dominante, como las vetas dentro de una roca, se alzó, profética, para oponer su lógica mordiente, su voz de triunfo, su consigna viril, al lamento inútil de los que profetizaban sobre el pasado. La República, que se había enmohecido en la



apatía y que durante largos lustros había velado inútilmente sus muertos, corrió a agruparse en torno a este nuevo conductor de multitudes que avanzaba como las máquinas: desalojando obstáculos para adueñarse del espacio.

Dios y Trujillo

El más ligero análisis de la historia nacional revela, por consiguiente, que sólo a partir de 1930, esto es, después de cuatrocientos treinta y ocho años del descubrimiento, es cuando el pueblo dominicano deja de ser asistido exclusivamente por Dios para serlo igualmente por una mano que parece to-

cada desde el principio por una especie de predestinación divina: la mano providencial de Trujillo. Desde esa época hasta nuestros días, es decir, en un ciclo de 24 años en que el estupor de la fábula aparece superado por los deslumbramientos de la realidad objetiva, el hombre lucha con la adversidad y realiza milagros tan portentosos como los que durante los cuatro siglos anteriores se cumplieron por el solo efecto de la intervención en la vida del país de poderes sobrenaturales.

Dios y Trujillo: he ahí, pues, en síntesis, la explicación, primero: de la supervivencia del país, y luego, de la actual prosperidad de la vida dominicana.

Discurso de contestación

(Leído por el señor don R. Emilio Jiménez, Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Historia, en la sesión solemne celebrada en la mañana del 14 de noviembre de 1954).

Señores académicos, señores:

Cuando el ilustre presidente de esta Academia, Dr. don Manuel de Js. Troncoso de la Concha, se dignó designarme para pronunciar el discurso de recepción del nuevo académico numerario, Dr. Joaquín Balaguer, Secretario de Estado de Relaciones Exteriores y Culto, elegido para ocupar el sillón vacante por la muy sentida muerte del Lic. Julio Ortega Frier, de bien ganado derecho a la recordación por la prestancia de su nombre en diversas ramas del saber humano y en la vida pública, acepté el honrador encargo orgulloso de ejercer con mi discurso de recepción una especie de padrino de la investidura académica de quien, como el Doctor Balaguer, viene a esta casa de estudios históricos poseo de doble riqueza moral e intelectual, la del docto respaldado en sus méritos y la del hombre acrisolado en sus virtudes.

Con noble rasgo propio de varón acostumbrado a honrar la pluma sirviendo a la justicia, ha tenido palabras de resguardo y devoción para su predecesor inmediato en la silla que ahora ocupa, las cuales, derramadas sobre su memoria esclarecida, cumplen sobre ella misión de tributo, tan del modo de ser del

compañero acabado de recibir en esta casa por su elevado empeño de no desvincular lo pasado de lo presente y de lo porvenir, como es innoble práctica que anda de la mano con los que a fuer de modernistas viven una estrategia brutal contra la tradición.

CALIDAD INELECTUAL DEL NUEVO ACADEMICO

Y a propósito de esta relevante condición del Dr. Balaguer, que hace de su pluma verdadera égida de los valores culturales de otro tiempo mientras desconcierta ver el desenfado con que se los quiere empuqueñecer y aun negar, tengo por uno de sus más grandes méritos su generosidad de culto retrospectivo a las figuras del ayer dominicano, en una noble ansia de conservar cuanto fué tesoro de espiritualidad, de sentimiento patrio y de devoción doméstica, que dió temas a poetas, novelistas e historiógrafos muchas de cuyas obras merecen ser mejor comprendidas, como viene haciéndolo Balaguer en nobles libros justicieros, como son "Los próceres escritores" y "Semblanzas literarias", que honran la bibliografía nacional.

